

colección rúbrica



AITOR BARRONDO



LA PIEL DE UN MOMENTO

esstudio
ediciones

La vida secreta de las mariposas

Veintinueve años y, de ellos, diecinueve o veinte se los ha pasado estudiando. Preparándose para el futuro, eso es lo que todos le dicen. ¿Qué porvenir le espera? ¿Dónde está el principio del futuro? Porque él no ve un final... Estos pensamientos le rondan en la cabeza mientras hojea el periódico a hurtadillas en la mesa que comparte con varios compañeros en *Menéndez y Valdecasas*, la firma de abogados en la que trabaja desde hace ya cuatro años.

—¡Mira! —dice a la vez que señala una foto en el periódico—. A este le conozco yo.

La chica que escribe en el ordenador sentada a su derecha, levanta la vista levemente y hace una mueca casi imperceptible con la boca sin dejar de teclear en ningún momento. David continúa leyendo la noticia con el periódico extendido sobre el teclado de su ordenador. No le cabe ninguna duda, es él. Han pasado unos cuantos años, pero está seguro. La ceja derecha cortada por la cicatriz que se hizo al caer de la valla junto a la vía del tren aquella noche cuando volvían de coger las botellas que almacenaban en la parte posterior de la vieja cantina; la nariz prominente y los ojos negros,

muy negros. Sin embargo, al leer la noticia se queda perplejo. Habla de un tal Asier Marcaida, un joven empresario de éxito. ¡Ese no es su nombre! Si hay algo de lo que no tiene ninguna duda, desde luego, es del pasado; del futuro no, pero sabe reconocer a alguien con quien ha compartido muchos momentos intensos en su juventud, esos que permanecen por siempre en la memoria, imágenes donde se identifica consigo mismo, no como ahora. ¿Quién es él, el de antes o el de ahora?, se pregunta mientras mira la página del periódico sobre el teclado.

Ha pasado todo el día pensando en su amigo. Al llegar a casa, su madre le espera. La cena está preparada, y a David le da pena salir a tomar algo con los amigos porque la ve taciturna. Este fin de semana hace tres años que murió su padre. Cuando ocurrió, David había empezado a trabajar en el bufete después de haber hecho unas prácticas en una pequeña empresa, y pensaba en independizarse, por fin. Su muerte supuso una convulsión para la madre. Todo su mundo se vino abajo, y David sintió que era el único apoyo que conservaba. Él no le echa en falta. Nunca estaba en casa y todo lo que tenía que ver con su hijo, lo delegaba en su mujer, que era la que se ocupaba del hogar. Solo recuerda cuando hablaron de los estudios que iba a hacer en la universidad. David quería estudiar Magisterio, pero su padre insistió en que estudiar Derecho le abriría muchas más posibilidades de futuro. Al fin y al cabo, él todavía no sabía nada

de la vida, así que se lanzó al mundo de las leyes con la ingenuidad de quien se embarca a descubrir el horizonte.

Durante la cena le cuenta a su madre la noticia que ha visto en el periódico. Le pregunta si se acuerda de «*el Chopo*», aquel chico tan alto con el que salía por el pueblo.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba? —pregunta David a la expectativa.

—Pues claro, Mariano —responde ella.

—¿Ves? Ya lo decía yo.

Lo que no se explica es por qué en el periódico le han puesto otro nombre.

Reflexiona sobre aquellos años, pero no recuerda bien cuándo dejó de verle. Al empezar en la universidad ya casi no se veían. Mariano no había podido seguir con los estudios. Su padre estaba en paro. Por el barrio decían que bebía más de la cuenta. David llegó a oír que pegaba a su mujer y a su amigo; le decían que se fijara en la cicatriz de su ceja o en los moratones que a veces tenía en la cara. Lo cierto es que él sabía que Mariano se metía a menudo en peleas y que había empezado a frecuentar amistades poco recomendables, a decir de la gente del barrio. Cuando dejó de verle, él no le extrañó, estaba más preocupado por su propio futuro. Alguien le dijo tiempo después que se había largado porque estaba metido en problemas con gente de la droga. «Al cabo de diez años no parece que le haya ido tan mal», piensa.

Después de la cena, se sientan a ver ese programa de la televisión que tanto le gusta a su madre. Él, cansado

de toda la semana de trabajo, dormita en el viejo sofá gris. De pronto algo le llama la atención. En la publicidad de uno de los descansos del programa han anunciado la gran feria informática que se celebra en la ciudad a partir de hoy. No sabe muy bien por qué, pero al oírlo ha cogido el periódico y ha buscado la noticia de su amigo. Ahí está: Asier Marcaida viene a mostrar el éxito de su empresa de nuevas tecnologías en la feria anual que se celebra estos días en la ciudad. Se trata de una empresa de gestión de seguridad de datos. Asegura poder blindar los secretos de cualquier compañía. En las siguientes páginas encuentra el horario de actividades de la feria:

Sábado 12.30h – «¿Estás seguro?» Charla sobre seguridad por Asier Marcaida CEO de Block Security.

Vuelve las hojas para mirar de nuevo la fotografía. Nada más verla, parece seguro, pero quiere fijarse en los detalles. Los ojos, la nariz, la cicatriz, resultan evidentes; pero la mirada es distinta, la expresión seria. ¿Será el paso del tiempo? ¿Y si se trata de un error?

—Me voy a la cama, mamá. Mañana tengo que hacer una cosa a primera hora —dice, y se despide de ella con un beso en la frente.

La feria es un hervidero de gente. David se deja llevar por los grupos que ansiosamente rebotan de un *stand* a

otro. Mira el reloj, son las doce y diez. Ya ha visto cuál es sitio en el que se celebran los coloquios. No quiere llegar tarde, así que se dirige hacia allí. Todavía no han abierto la sala, y delante de la puerta se agolpa un variopinto grupo de personas. Por un lado, observa a algunos ejecutivos con trajes oscuros y portafolios abultados que hablan por teléfono elevando la voz sobre el murmullo general. Por otro, jóvenes profesionales esperan con las cámaras de sus móviles preparadas para captar la llegada del joven nuevo millonario.

David no puede acercarse a la entrada hasta que se deja llevar al interior de la sala envuelto en la muchedumbre cuando abren las puertas. Las primeras filas se llenan enseguida, y encuentra sitio a más distancia del escenario de la que le hubiera gustado. Por fin entra Asier (¿Mariano?) por un lateral del escenario, la mayoría de la audiencia prorrumpe en aplausos. Él intenta enfocarle en la distancia. Desde donde se encuentra, no le parece tan alto. «*El Chopo*», recuerda. «Entonces era más alto que yo, aunque, claro, él era un año mayor». De todas formas, enseguida se ha sentado en uno de los sillones que hay dispuestos para el desarrollo del coloquio. Así sentado, David no piensa que nadie le llame «*el Chopo*». Se siente un poco decepcionado.

A continuación, alguien hace la presentación de Asier Marcaida. Proveniente de una zona obrera del cinturón industrial de Bilbao, le muestra como un hombre hecho a sí mismo. «Como si uno se pudiera hacer a

su propio gusto», piensa David. «Uno es lo que es, para siempre, ¿no?». Cuando Asier (¿Mariano?) toma la palabra, en la sala se oye un murmullo de fondo. Habla pausado y seguro. La voz grave agita recuerdos antiguos en la cabeza de David, que no reconoce al chico reservado y distante con el que andaba por el barrio. Se fija en su pelo, bien cortado y peinado; sí, negro azulado. Con el cabello revuelto ese brillo le resultaría inconfundible. La charla de los ponentes se ha pasado rápidamente, y el presentador abre el turno de preguntas. Decenas de brazos se elevan acompañados de exclamaciones de atención. David levanta su mano, invisible para el moderador a través de las filas delanteras. Hasta ahora no ha visto a Mariano sonreír. En algún momento, ante las preguntas de admiración de los asistentes más jóvenes, David cree entrever una pequeña mueca en la comisura de la boca de Mariano. Sonríe de lado a la vez que se toca la ceja partida en un gesto automático.

David se siente animado y eleva la voz para preguntar.

—¿Mariano, Mariano...! —dice resuelto, pero su voz no llega a ser escuchada ni por los protagonistas, ni siquiera por los asistentes a su alrededor, que no reconocen ese nombre.

Frustrado, decide levantarse y salir, pero cuando se encuentra en el pasillo cambia el rumbo y se dirige hacia el escenario. Varios espectadores ven su intención de acercarse al empresario y deciden hacerlo ellos también. Los guardias de seguridad, aleccionados ante la masiva

presencia de admiradores, les bloquean al estilo de esos jugadores de fútbol americano formando un muro infranqueable. David chilla:

—¡Mariano, soy yo; *Chopo*, soy yo! —mientras varios empleados ayudan a salir a los protagonistas por el lateral del escenario. En un momento sus miradas se han cruzado, y él ha desviado sus ojos negros.

Regresa a su casa y se pone a investigar en la red. Hay muchos datos sobre la firma, pero la información personal es muy escasa, y David no encuentra datos ni sobre su vivienda ni sobre su familia. «No puede ser», piensa David. «Un chico de barrio, sin estudios, y ¡la empresa factura millones!».

Oye la puerta cerrándose con energía. Es su madre, que viene de la compra. La escucha decir algo del mercadillo, de la cantidad de gente que había, que si se ha encontrado con unos y con otros. David baja, le ayuda con las bolsas y empieza a preguntarle si conocía a los padres de «*el Chopo*», o dónde vivían. Ella recuerda algo. Se habló mucho cuando el chico desapareció, que el padre fue a peor, hasta que una noche, borracho, se cayó de un puente y la madre se quedó sola. Pero hace tiempo que no la ve por el mercado.

—¿Dónde vive? —le pregunta ilusionado.

Ella le responde que no sabe exactamente.

—En la calle detrás del antiguo colmado, ese de donde traías *la Casera* y el vino para tu padre.

David le da un beso en la mejilla y le dice:

—Gracias, mamá, vengo en un rato.

El barrio está viejo, anticuado. El tiempo parece no pasar por aquí. Hay muchos establecimientos cerrados. Pasa por delante del antiguo instituto. Tiene las paredes pintadas con letras ilegibles y llenas de carteles despegados a jirones. Cuando salía con Mariano y los otros, las calles brillaban con destellos que parecían palpar, que insinuaban una vida interior que luchaba por dejarse ver. Ninguno podía imaginar en lo que se convertirían años después: calles grises, semivacías y tristes. Tampoco él sospechaba que se vería a sí mismo como ahora: serio y aburrido.

El antiguo colmado es una casita estrecha y desvencijada, y la calle que sale detrás parece no ir a ninguna parte. David deambula un rato a la espera de encontrarse con alguien. Ve a una persona tras la ventana de un piso bajo. Se acerca y la señora se asoma. La luz se refleja en su pelo oscuro, negro con un brillo azulado. Siente el corazón acelerado como hace mucho tiempo que no lo sentía, igual que cuando salía por el barrio con «*el Chopo*» y los otros. Sin embargo, después de unas cuantas preguntas, vuelve decepcionado. Mariano se fue porque su madre le puso un puñado de billetes en la mano y cerró la puerta detrás de él. Era lo mejor que podía hacer. Su padre les habría destrozado la vida. Ella ya no podía hacer nada, pero él sí.

—Desde entonces no he vuelto a saber nada.

Habla con la misma tristeza y resignación que los edificios a su alrededor.

De camino de vuelta, David no puede evitar pensar que si cambias las cosas hay alguien que paga por ello. «¿Lo que nos ha tocado vivir está ya determinado o, por el contrario, lo hacemos poco a poco? ¿Y si cada uno tenemos nuestra vida asignada, podemos cambiarla por otra?».

Llega a casa y se precipita al ordenador. Tiene que haber alguna forma de contactar con él. Quizá mandarle un correo electrónico. ¿Es posible hacer que le llegue a él personalmente? En la página web de *Block Security* encuentra un apartado que recoge los contactos corporativos de la sede de la compañía en Getxo, Vizcaya. David sabe que seguro que alguien filtra los mensajes para el presidente. Tiene que buscar algo que llame la atención. Va a utilizar el nombre del bufete. *Menéndez y Valdecasas* es muy conocido en el mundo empresarial, su nombre le abrirá algunas puertas. Lo siguiente es que el propio Mariano sea quien vea el contenido del mensaje:

Para: presidencia@block.security.es

Asunto: «El chopo»

Dado el carácter personal del asunto a tratar, rogamos al señor D. Asier Marcaida, a partir de ahora «Chopo», tenga a bien ponerse en contacto con nosotros a través de esta dirección de correo a la mayor brevedad posible